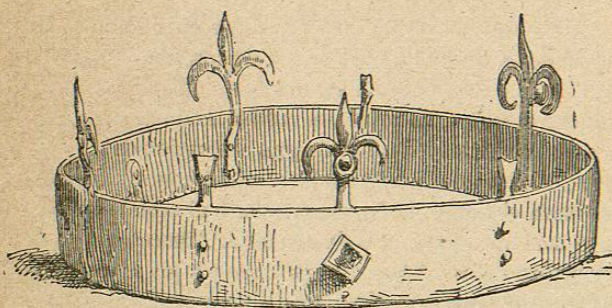


el ejército franco, tramóse un complot con la complicidad de Adalgiso: los aliados, apoyados por una escuadra griega, habían de tomar Roma y restablecer el reino lombardo. Fué preciso, por consiguiente, que el papa se dirigiera nuevamente á Carlos, á quien envió varias cartas anunciándole que estaba dispuesto á «salir á recibirle hasta que pudiera encontrarle.» Carlomagno

llegó á principios de 776 y después de haber derrotado y dado muerte á Hruodgaudo y de haber sometido á las ciudades rebeldes, regresó al reino franco «con victoria y prosperidad.» Araquis, sin embargo, tomó inmediatamente el título de príncipe y se hizo coronar por obispos, en vista de lo cual el rey de los francos volvió á Italia en 777, recibió la sumisión de Araquis y á la muerte de éste permitió á su hijo Grimoaldo



Corona de Hunaldo. (Gabinete de Francia.)

que le sucediera, mediante la obligación de pagarle tributo y de poner su nombre en las monedas y en los diplomas.

La geografía política de Italia era sumamente complicada en aquel momento: mientras Carlomagno era soberano directo de los países del Norte y señor del ducado de Benavento, los bizantinos poseían todavía en el Sur la Apulia, la Calabria, la Pulla y la Sicilia; Venecia vacilaba entre la dominación franca y la bizantina; y el Estado pontificio, compuesto de los restos de la Pentápolis y del Exarcado y de la mayor parte del ducado de Roma, permanecía en una situación indecisa. La potencia franco-lombarda dominaba en medio de este desorden, pero los francos habían asumido una nueva tarea cuando aún no habían terminado la obra, desde hacía largo tiempo emprendida, de la sumisión de la Germania.

Tasilo de Baviera, desde que había recobrado su independencia, fechaba sus decretos por los años de su reinado, se titulaba «príncipe» ó «muy poderoso príncipe», y adoptaba los epítetos de «muy ilustre» y «muy glorioso», que comúnmente acompañaban al título real. Su corte se parecía en todo á la de los reyes francos y, como Carlos, había Tasilo casado con una hija de Desiderio. Este matrimonio había sido uno de los actos de la política pacífica de la reina Bertrada; pero cuando Carlos repudió á Deseada y despojó á Desiderio, la duquesa de Baviera, Liutberga, impulsó á su marido á vengar á su padre. El papa y el rey de los francos estaban igualmente interesados uno que otro en impedir esta rebelión, por lo que en 781 una embajada pontificia y real fué á recordar al duque de Baviera «el juramento de sumisión y obediencia que había prestado á Pipino.» Tasilo compareció en la asamblea de Worms, prestó juramento y dejó rehenes; pero inmediatamente des-

pués intrigó con los enemigos de los francos en la Italia meridional. En 787, el papa declara á los embajadores bávaros presentes en Roma que «si el duque se niega obstinadamente á escuchar sus palabras, el señor rey Carlos y su ejército serán absueltos de todo riesgo de pecado, y que la responsabilidad de los incendios, asesinatos y de todos los males que sucedan en Baviera recaerá sobre Tasilo y sus cómplices, quedando indemnes de toda falta Carlos y los francos.»

Al año siguiente, Carlomagno concentra un ejército en Augsburgo, á orillas del Lech, mientras los francos austrasios, los thuringios y los sajones se reúnen en Pforing, junto al Danubio, y un tercer ejército, salido de Italia, remonta el Adigio por Trento y Bautzen. Tasilo, impotente para resistir á tantas fuerzas juntas, se entrega en manos del rey y se declara vasallo suyo «por el ducado que le confió Pipino.» Sus juramentos no le impidieron, sin embargo, entenderse con sus vecinos, los avaros, para ir contra los francos, por lo cual, cuando se presentó en la asamblea de Ingelheim, fué sometido á juicio; reconocido culpable de «harisliz», es decir, de traición y desertión, fué condenado á muerte, pero Carlomagno le perdonó la vida. Tasilo y su hijo fueron tonsurados y reclusos en un monasterio, y el rey de los francos recobró el ducado que unos «malos» le habían «enajenado y substraído.» La función de duque quedó suprimida y la administración del país confiada á condes, y los bávaros recalcitrantes fueron desterrados (1).

III.—Guerra de Sajonia (2)

Tiempo hacía que había comenzado la guerra contra Sajonia (3), que fué uno de los más importantes acontecimientos del reinado.

El territorio sajón, que comenzaba á pocas leguas de la orilla derecha del Rhin, extendíase al través de la llanura de la Alemania del Norte hasta el Elba y aun llegaba algo más allá de este río hasta tocar el Eider. El litoral era bajo y pantanoso, y por el lado Sur, en donde había vastas mesetas cubiertas de bosque, la frontera pasaba entre el Sieg y el Ruhr, se remontaba para cortar el Fulda y el Werra cerca de su confluencia y seguía luego el Unstrutt hasta el Saale. Los westfalios habitaban al Oeste, en la cuenca del Ems y en la desembocadura del Weser; los angarios en el centro, en la cuenca del Weser y en el Harz; y los ostfalios hasta el Elba; entre el Elba y el Eider estaban establecidos los nordalbingios. La Sajonia había conservado las costumbres y las instituciones germánicas, estaba dividida en

(1) Tasilo aparece por última vez en 794, en que, conducido ante el sínodo de Francfort, pide perdón de sus faltas y hace abandono de todos los derechos de propiedad y de justicia que sobre el ducado de Baviera pudiesen corresponderle á él y á sus hijos y á sus hijas, á cambio de lo cual se confirma su indulto.

(2) FUENTES.—Las vidas de Sturm, Willehad, Libuin y Liudger en los *Monumenta Germanie historica*, serie en folio, tomo II. *Translatio S. Alexandri. Annales Petaviani laureshamenses*. Boretius, *Capitularia regum Francorum*, págs. 68, 71.

OBRA DE CONSULTA.—Bolze, *Die Sachsen vor Karl dem Grossen*, 1861. Diecamp, *Widukind der Sachsenführer nach Geschichte und Sage*, 1877. Kentzler, *Karls des Grossen Sachsenzüge*, 1872. Schmidt, *Die Sachsenkriege unter Karl dem Grossen*, 1882. Wirtzchel, *Der Ausgang der Sachsenkriege Karl des Grossen*, 1891.

(3) Véase anteriormente, págs. 257 y 291.

comarcas (*pagi*, *gauen*) y en su población se encontraban las tres antiguas clases de *edlings* ó nobles, *frilings* ó libres y *lides* ó siervos. No había reyes y las comarcas eran independientes unas de otras. Los sajones veneraban los árboles de las selvas, las fuentes y los bosques, quemaban sus cadáveres, hacían sacrificios humanos y no tenían sacerdotes.

La guerra de Sajonia había sido decidida en la asamblea de Worms, de julio de 772, y el ejército, después de haber pasado el Rhin y atravesado el Hesse, había penetrado en el país de los angarios y tomado la fortaleza de Ehresburgo. En su marcha hacia el Norte, encontró un bosque sagrado en donde había expuesto á la intemperie un tronco de árbol de tamaño extraordinario, que era el Irminsul, ídolo adorado por los sajones de los alrededores, y en torno del cual se alzaban diferentes refugios que contenían depósitos de oro y de plata. Los francos destruyeron el ídolo, arrasaron las construcciones y se apoderaron de los metales preciosos, después de lo cual el rey avanzó hasta el Weser sin atravesarlo, celebró allí una entrevista con uno de los caudillos de los angarios, recibió rehenes y en 20 de octubre estaba de regreso en Heristal.

El Irminsul no era un santuario nacional, pues en Sajonia no había centro religioso, como tampoco le había político (1); mas no por ello el acto realizado por los francos dejó de causar gran sensación en todo el país. A principios de 774, mientras Carlos se encontraba en Italia, varias partidas sajonas asolaron el Hesse, saquearon el monasterio de Fritzlar, fundado por San Bonifacio, se apoderaron de sus tesoros, de sus reliquias y de sus cruces de oro y convirtieron su iglesia en caballeriza. Simultáneamente, los westfalios destruían en Frisia el templo de Deventer.

En el mes de septiembre de 774, Carlomagno envió á Sajonia cuatro columnas que incendiaron, mataron y devastaron, regresando cargadas de botín; y durante los días de invierno que permaneció en su *villa* de Quierzy, resolvió atacar «á aquella raza pérfida é infiel á los tratados y no cesar en la lucha mientras no quedara vencida y convertida enteramente, ó sometida.» La conversión le parece, en efecto, el único medio de obtener la sumisión; por esto, «después de haber pedido consejo á Dios é invocado el nombre del Salvador, agrega á sus tropas todos los sacerdotes, abades, doctores y ministros de la fe capaces de hacer aceptar á aquel pueblo el suave yugo de Cristo.» Pero por lo mismo que los sajones habrán de defender á la vez su patria y su religión, su resistencia será más grande. «Entre las guerras que los francos hubieron de sostener, dice Eginardo, no hubo ninguna más larga, más atroz y más laboriosa que esta.»

En el mes de agosto de 775, en el intervalo de paz que le dejaban los lombardos, el rey pasó el Rhin «con todas sus fuerzas» y atacó sucesivamente á los diversos pueblos sajones, excepción hecha de los nordalbingios. Los westfalios perdieron la fortaleza de Sigiburgo, y

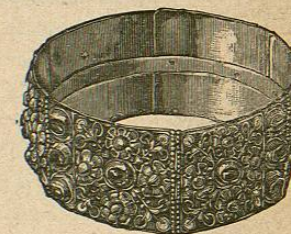
(1) Se ha hablado de una gran asamblea sajona compuesta de los representantes de todas las comarcas, que se dice se celebraba todos los años en Marklo para deliberar acerca de los asuntos de interés común; pero á ella sólo hace referencia un texto sospechoso de una vida de santo y no vemos que se reuniera ni una sola vez, de modo que su existencia es muy dudosa.

Ehresburgo, reedificada, recibió una guarnición franca; los angarios, concentrados en la orilla izquierda del Weser, en Brüniberg, fueron dispersados, acabando unos y otros por someterse. Carlos había emprendido el regreso cuando supo por el camino que sus tropas de retaguardia, sorprendidas en Lübbeke, mientras dormían la siesta del mediodía, habían sido en gran parte destruidas; entonces se arrojó sobre los westfalios, mató á buen número de ellos, se apoderó de botín y exigió rehenes. Al año siguiente, estando Carlos en Italia, estalla una sublevación de los condados del Norte de Westfalia y de Angaria; pero la súbita llegada del rey desconcierta á los rebeldes, que «prometen hacerse cristianos y someterse á su poder y al de los francos.» Muchos sajones, en efecto, se convirtieron, siendo este el primer ejemplo de los bautismos en masa que habían de causar tanta impresión en la imaginación popular.

Después de las fiestas de Pascua de 777, el rey se dirigió á Paderborn, punto en donde confluyen el Lippe y el Patra, edificando allí una iglesia y convocando á la asamblea de la nación franca junto «con el senado y el pueblo sajones.» Carlos presidió, teniendo á su lado á Sturm, encargado de predicar á los nuevos creyentes. «Los ancianos y el pueblo se entregaron al poder del rey, de tal manera que consintieron en perder su libertad individual y su patria si no conservaban en todo la religión cristiana y no se mantenían fieles al rey Carlos, á sus hijos y á los francos.» El papa expresó su satisfacción por estas victorias cristianas y los poetas francos celebraron «el día que trajo á la casa de Cristo nuevos hijos.»

«Al campo de mayo de Paderborn, dicen los Anales de Lorsch, acudieron todos los sajones menos Widukind, que se mantuvo rebelde con algunos más y se refugió en la Normania con sus compañeros.» En este texto se menciona por vez primera el personaje á quien los historiadores alemanes denominan el «Sachsenführer», el caudillo de los sajones: sábase de él únicamente que era westfalio, oriundo de familia noble y que poseía cuantiosos bienes; en el curso de la lucha que va á emprender no se señala con seguridad su presencia en ninguna batalla, pero su influencia se deja sentir en todas partes, y se mueve de continuo recorriendo el territorio y provocando la rebelión, á pesar de lo cual no logra despertar el sentimiento nacional entre sus compatriotas, que nunca se juntaron en una sublevación general contra el invasor.

La deficiencia de los recursos de que disponía Widukind patentizase desde la primera rebelión. En el año que siguió á la asamblea de Paderborn, los sajones avanzaron hasta el Rhin, incendiando los burgos y las aldeas situados en la orilla derecha del río, desde Deutz á Coblenza; pero en este movimiento sólo han tomado parte algunos cantones westfalios. Carlomagno ordena á los francos del Este y á los alamanes que combatan á los rebeldes, quienes emprenden la retirada durante



Corona, llamada de hierro, de los reyes lombardos. (Tesoro de la catedral de Monza.)

la cual se les ocurre incendiar el monasterio de Fulda en donde reposaba desde hacía venticuatro años el cuerpo de San Bonifacio. El ejército franco les sigue y les extermina á orillas del Eder. En la primavera de 779, Carlos penetra en el corazón de Sajonia; en 780, los francos avanzan hasta el Elba y los ostfalios orientales y una parte de los nordalbingios reciben el bautismo; el año 781 transcurre completamente tranquilo, y por muerte de Sturm, Willehad recibe el encargo, «en virtud de la autoridad real, de edificar iglesias y de anunciar libremente á todos los pueblos que habitan la Wigmodia (entre el bajo Weser y el Elba) la doctrina que habrá de conducirles por la vía de la salvación eterna.»

En el mes de julio de 782, Carlos, celebró en las fuentes del Lippe su asamblea á la que acudieron en gran número los sajones. Motivos tenía entonces para creer que la guerra estaba terminada, mas no tardó en desengañarse; en efecto, á su regreso

782 á la Galia, supo que los eslavos sorabios habían invadido las partes vecinas de la Sajonia y de la Thuringia, en vista de lo cual ordenó al camarero Adalgiso, al condestable Gilón y al conde palatino Worado que reclutaran tropas entre los francos del Este y los sajones para ir á castigar á los eslavos. Pero la Sajonia hallábase nuevamente perturbada y la Wigmodia



Denario de plata de Carlomagno, rey de los lombardos.

estaba en plena insurrección; Willehad había huido á Roma «por parecerle mal escogida la época para predicaciones.» El ejército franco se dirigió al Weser, en cuya orilla derecha habían establecido los sajones su campamento, en la vertiente Norte del monte Suintal; pero su acometida se estrelló ante el frente de batalla del enemigo, pereciendo en aquel desastre Adalgiso, Gilón, cuatro condes, otros veinte nobles y gran número de francos.

Carlomagno, al recibir estas noticias, encamínase al sitio en donde confluyen el Aller y el Weser, y una vez allí convoca á los caudillos de los sajones y les pregunta quiénes son los autores de la defección. Todos declaran que es Widukindo, á quien no pueden entregar porque se ha refugiado ya en el país de los daneses, pero designan á sus cómplices en número de 4.500. «Y en el lugar llamado Verden, á todos se les cortó la cabeza en un mismo día, por orden del rey, el cual, satisfecha su venganza, estableció sus cuarteles de invierno en Thionville, en donde celebró la Natividad del Señor y las Pascuas.»

Después de esta atroz ejecución (782), promulgóse seguramente la terrible capitular de Sajonia (*Capitulatio de partibus Saxonie*) que establecía una especie de estado de sitio, castigando con pena de muerte á los que faltan á la fidelidad al rey, á los que penetran violentamente en una iglesia, la incendian ó roban en ella; á los que matan á un obispo, á un presbítero ó á un diácono, ó siguen practicando los ritos del paganismo, y á los que se niegan á recibir el bautismo ó no observan el ayuno. Disponía asimismo que todos los niños fuesen bautizados en el plazo de un año bajo pena de 120 sueldos de multa los nobles y 15 los lides, y se prohibía á los sajones reunirse sin previa convocación de los funcionarios reales.

Pero más fuerte que todas las amenazas de esta capitular fué el efecto de la jornada de Suintal. Widukindo tenía partidarios en todos los pueblos y aun consiguió apartar á la Frisia «del camino de Dios.» El apóstol de esta región, Liudger, partió con sus compañeros hacia Roma, siguiendo el ejemplo de Willehad. La Germania del Norte no podía ser sometida mientras Widukindo estuviera en libertad; por esto el rey durante tres años consecutivos (783-785) entra en campaña «así que empieza á brotar la hierba,» llevando en pos de sí, por todos los caminos, partidas de prisioneros. Carlomagno comenzó con dos victorias, la de Detmold y la del Haase, únicas batallas campales que su biógrafo menciona; pero lo que hizo principalmente fué devastar las comarcas por donde pasaba. En 784, Carlos, su primogénito, opera en territorio westfalo y él en la llanura bañada por el Elba y el Saale; y uno y otro, después de haber assolado las tierras y destruido las aldeas, se reúnen en el mes de septiembre en Worms. Antes de Navidad, vuelven á estar en Sajonia; Carlomagno se instala en Ehresburgo, en donde se le junta su esposa, sus hijos y sus hijas, y «corriendo en todas direcciones, en todas partes asesina é incendia, saquea y toma castillos.» Al llegar la primavera, convoca á su asamblea en Paderborn, recibe sus contingentes de Aquitania y reanuda su caza de sajones.

El ejército había llegado al país situado entre la desembocadura del Elba y la del Weser, cuando Carlomagno, al tener noticia de que Widukindo se hallaba al otro lado de este último río, le hizo pedir que se sometiera, prometiéndole olvidar lo pasado. El caudillo rebelde, comprendiendo sin duda la inutilidad de la resistencia, se rindió á fines del año 785 en 785 Atigny, en donde recibió el bautismo, siendo apadrinado por Carlos, que le colmó de ricos presentes. Ignórase qué fué desde entonces de Widukindo, de quien no hablan ya más los historiadores; únicamente una vida de santo encomia la fidelidad que sus hijos y sus nietos guardaron al cristianismo.

La noticia de la sumisión de Widukindo fué acogida con júbilo por toda la cristiandad. «El autor de todo el mal, el instigador de tantas perfidias, habíase sometido al rey y había recibido la gracia del bautismo.» Carlos envió un mensajero al papa para notificarle la conversión de todos los sajones, y Adriano ordenó que por espacio de tres días se hicieran preces en celebración de tan fausto acontecimiento. Liudger volvió á ocupar su puesto en Frisia y en la Sajonia occidental, y á Willehad se le confió la misión de evangelizar la Wigmodia, de la que fué nombrado obispo, habiendo establecido su sede en Brema, en donde murió en 8 de noviembre de 789. De este modo se acentuaba cada vez más la unión de las armas francas y de la predicación cristiana.

Durante siete años, desde 785 á 792, reinó la tranquilidad en Sajonia, enviando los sajones sus contingentes á los ejércitos y asistiendo á las asambleas. Es de notar que en este período se realizó también la sumisión de Baviera á Carlos; y así como el duque de Baviera no se había interesado por los sajones, tampoco se interesaron éstos por la suerte de los bávaros. Aquellas terribles guerras eran, aunque nadie lo sospechara, la génesis de Alemania.

Sin embargo, la Sajonia no estaba bien sometida; en efecto, en 793, en el momento en que se apercebía para la guerra contra los avaros, supo Carlos que las tropas que le llevaba el conde Teodorico habían sido destrozadas por los sajones en ocasión en que pasaban el Weser y que los rebeldes habían destruido iglesias, asesinado á sacerdotes y restablecido los ídolos. Entonces el rey recorrió nuevamente con sus ejércitos, durante cinco años (794-799), la Sajonia, desde las selvas del Sur hasta los pantanos del Norte. En noviembre de 797, después de una campaña de verano, se estableció en Herstelle, á orillas del Weser, y en 799 celebróse asamblea general en Paderborn. A su regreso de cada expedición traía Carlos consigo hombres, mujeres y niños á quienes daba tierras en Francia, repartiendo, en cambio, las de ellos entre sus fieles; de este modo aumentó la población de ciertos cantones. En 804 fueron deportados de la Wigmodia y de la Nordalbingia diez mil hombres cuyos bienes se distribuyeron entre los eslavos obodritas que habían sido leales auxiliares de Carlomagno porque estaban en guerra perpetua con sus vecinos germánicos.

Según un escritor de tiempos posteriores, Carlos convocó en Salz, en 803, á la nobleza sajona para firmar con ella una paz eterna; pero en realidad no hubo tratado alguno de este género, sino que la resistencia de los sajones cesó cuando sus fuerzas quedaron agotadas y sus últimos paganos se hubieron convertido. Entonces, desde el Elba hasta el Océano Atlántico no hubo más «que un solo pueblo,» unido bajo el mismo soberano y por la misma religión.

803

IV.—Organización de los países conquistados (1)

La leyenda se apoderó de las guerras de Italia y de Sajonia, y durante mucho tiempo conservó el recuerdo «del hombre de hierro ante el cual las mieses se agitaban horrorizadas en los campos y los ríos se desbordaban, en tanto que los traidores, como Ogier el Danés (Autcario), se escondían espantados en las entrañas de la tierra.» La conquista de Italia y la de Sajonia son, con la de la Aquitania por Pipino, las tres grandes obras militares carlovingias. Pero Carlomagno, después de haber conquistado, sabía organizar, y si en la guerra fué terrible, en Sajonia sobre todo, una vez concluida la lucha, trató á los vencidos con una generosidad que fué una gran habilidad política, dejándoles sus costumbres y sus leyes, muchas de las cuales mandó compilar y con motivo de ello corregir. Al mismo tiempo introducía entre ellos las instituciones del reino, la división en condados con su jerarquía de funcionarios, condes, vizcondes, vicarios, centuriones y deceneros.

Hasta en Sajonia tuvo Carlos partidarios entre los nobles; los que se adherían á él y cumplían sus juramentos eran recompensados; ejemplo de ello, Hessi el Ostfalo, «á quien colmó de honores porque se había mostrado fiel en todo» y que murió siendo monje de la abadía de Fulda. Con «sus fieles sajones,» como les llama, comenzó la organización del país en una asamblea reunida en 780 en las fuentes del Lippe, encargando «á los más nobles de la raza sajona» la ejecución de

(1) La misma bibliografía que para los párrafos II y III.

las decisiones adoptadas. La capitular de 28 de octubre de 797 (*capitulare saxonicum*), elaborada en Aquisgrán con los representantes de los westfalios, de los angarios y de los ostfalios, abolió la pena de muerte en la mayoría de los casos en que antes se imponía, substituyéndola por las tasas de composición usadas entre los francos, y conservó la división en tres clases, que se distinguían por la diferencia de wergeld. La ley de los sajones, en su última forma, es, según parece, algo posterior.

El rey había dejado á los vencidos sus leyes, pero no les había permitido conservar sus ídolos. Durante las campañas, los misioneros habían ido con los soldados, las abadías habíanse alzado al lado de las fortalezas, y los límites de los obispados habíanse establecido de conformidad con los de los condados. Así se fundaron en tiempo de Carlomagno y de su hijo Ludovico Pío



Moneda del papa Adriano I

las sedes episcopales de Osnabruck, Munster, Verden, Brema, Paderborn, Minden, Halberstadt é Hildesheim, alrededor de las cuales nacerán ciudades. Esta organización de la nación sajona preparaba los destinos de la Alemania de la Edad media, en la que la Sajonia de los Otones desempeñará un papel tan importante.

También en Italia «suavizó Carlomagno su victoria con una clemente y rara moderación,» según frase de uno de los mismos vencidos, el lombardo Warnefrido (Pablo el Diácono), habiendo persistido en esta política, á pesar de las observaciones del papa que la consideraba peligrosa, y dando en 780 una gran satisfacción á los lombardos. Después de haber pasado el invierno en el Norte de Italia, dirigióse á Roma para celebrar la Pascua, y en 15 de abril de 781, á petición suya, Adriano bautizó y consagró á su segundo hijo Pipino, que contaba cuatro años y que será rey de Italia, en donde tendrá su corte y su cancillería, promulgará capitulares y firmará diplomas. Al lado de este niño estarán como consejeros Adalardo, que censuró la repudiación de Deseada, y Angilberto. La prudencia de Carlomagno obtuvo su recompensa, pues Italia permaneció tranquila.

Bien tratada fué asimismo la Aquitania, cuyo territorio había sido dividido en 778 en quince condados, y en donde fueron llamados á desempeñar los nuevos cargos los aquitanos conjuntamente con los francos. El mismo año nació en Cassinogilum (quizás Casseuil-sur-Garonne) Luis, tercer hijo de Carlomagno, que con el tiempo será el emperador Ludovico Pío y que, consagrado por el papa en 781, fué nombrado rey de los aquitanos. Este monarca, de tres años, fué revestido en Orleans de una armadura y subido á un caballo, é hizo su entrada en su reino «á la gracia de Dios.» Algunos años después, Carlos le hizo vestir el traje vasco, consistente en sobretodo redondo, camisa de anchas mangas, espuelas atadas á las botas y jabalina.

Bien es verdad que muchos señores francos se por-